

De izquierda a derecha: P. Alfredo Leaden, Emilio Barletti, Salvador Barbeito, P. Pedro Dufau y P. Alfredo Kelly.

# EL HORRENDO CRIMEN DE LOS CINCO RELIGIOSOS PALOTINOS

Las misas de los domingos a las 8 son poco concurridas. También en San Patricio, una iglesia situada en el sector más aristocrático y tradicional del barrio de Belgrano R. Ese domingo 4 de julio de 1976 no sería una excepción. A pesar de un cielo sin nubes, la baja temperatura —precisamente a las 8,10 alcanzaría 2,4 grados, la mínima del día— incitó a muchos a prolongar el romance con sus camas cálidas. Apenas una treintena de madrugadores había optado por asistir al culto en ese horario.

Sintiendo el frío —acentuado por un modesto viento del sudoeste— Rolando Savino apresuró el paso hacia la parroquia. Llevaba cierto retraso, llegaría casi a las 8,15. Hacía ya cinco años, desde sus doce, que el adolescente había hecho de San Patricio su refugio habitual. Primero como monaguillo y asistente, luego como organista. Su relación con los religiosos era afectuosa y permanente.

Frente a la iglesia Rolando se sorprendió. Los fieles esperaban congregados ante las puertas que no habían sido abiertas. También la contigua casa parroquial estaba cerrada. Vaños fueron golpes y timbrazos. Con alguna ayuda, el muchacho consiguió deslizarse a la casa por una banderola. En tanto subía la escalera interior hacia los dormitorios de los religiosos, se anunciaba con

Junto a una jerarquía episcopal que se hizo cómplice —al menos con el silencio— de las atrocidades de la dictadura militar, coexistieron religiosos que permanecieron al lado del pueblo denunciando los atropellos. Con admirable valor se expusieron a las represalias armados con la justicia, la preferencia por los carenciados, y su fe. Muchos fueron secuestrados y desaparecidos. Muchos fueron torturados. Muchos asesinados. Algunas de sus historias —siempre conmovedoras y patéticas— presentan incógnitas y misterios cuyas secuelas están lejos de haberse agotado.

un cantito irónico: "acá durmieron..., acá se durmieron..."

El Rolando Savino que regresó a los pocos minutos para informar a los feligreses que esperaban, nunca sería el mismo. Cuentan que durante los siguientes días o tres años sus ojos desmentían sus sonrisas. Sólo atinó a balbucear una inconcreta: "Me parece que no están, tal vez los asaltaron". Pero el joven mentía; impelido por un sentimiento de pudor protector hacia sus seres queridos. "Estaba desesperado para que nadie los viera", rememora. Que nadie viera que nadie tuviera la visión que él había tenido: porque no era humana.

En la sala de estar de la casa parroquial yacían muertos tres sacerdotes y dos seminaristas. Golpeados y luego ametrallados con extrema

ferocidad. Las balas, más de sesenta, habían marcado los muebles, el piso y la chimenea. La abundancia de sangre sobre la alfombra era un indicio claro de que casi todas habían llegado a sus blancos. Sobre una mesita los documentos de los religiosos, apilados, denunciando la confrontación previa de sus nombres con los que portaban los asesinos. En las paredes —también salpicadas de sangre—, con grandes letras, el mensaje: "Por envenenar las mentes vírgenes de nuestros jóvenes". "Por los policías tuamitados en Coordinación". Y en el pasillo, con tiza y como despedida: "Curas hijos de puta".

Una página del "caso de los cinco palotinos asesinados" quedaba escrita. La más brutal y más grave; pero no la única: ni siquiera la primera.

Tal vez por esos contrasentidos comunes a los humanos, el padre Kelly no extendía a los animales su firme convicción sobre la igualdad de las personas. Imperturbable frente a las chanzas, colocó el certificado del pedigree de su perrita Inca —de cuyo rancio linaje se ufanaba— en la cartelera de la casa parroquial.

Alfredo Kelly no había nacido para pasar inadvertido. Su temperamento, unido a una mente lúcida, lo predestinaba a impulsar grandes proyectos. Cuando en 1973 fue designado párroco de San Patricio, en Belgrano R, ya había alcanzado la madurez evolutiva: sus conceptos eran muy claros.

En un barrio donde la pobreza pasa inadvertida bajo los uniformes de las mucamas, el padre Kelly se impuso denunciar las injusticias sociales. Su voz encendida era un tábano permanente. Sus sermones de la misa de 11 y de 8 de la tarde se hacían, domingo a domingo, más polémicos.

Pero si la defensa de los humildes era su lucha, su corazón lo entregaba a los jóvenes. Aunque a veces escucharan sus gritos, ellos sabían —los ya mayores y los adolescentes— que él acertaría siempre, en los temas más diversos, con el enfoque adecuado.

Para julio de 1976, el apasionado cura párroco de San Patricio, "el ca-

bezón", era -por su oratoria y su carisma- la "estrella" del barrio.

*"Alfredo (Alfie) Kelly - 43 años - argentino de ascendencia irlandesa - sacerdote - vestía ropa de dormir - el occiso presenta contusiones y numerosos impactos de bala especialmente en el pecho, formando una línea vertical."*

• Dos tíos sacerdotes, tres tías monjas, un hermano que sería -y es- obispo, sugieren el marco armónico para una vocación religiosa que Alfredo Leaden asumió desde chico.

Cuando en 1972 se lo designó Superior de la provincia irlandesa de los palotinos en Argentina, llevaba treinta años como sacerdote.

Su grueso breviario (libro de rezos sacerdotales) que lo acompañaba permanentemente invitó al sobrenombre: sería "Petete" -por el libro gordo- para los ocurentes seminaristas.

Los testimonios coinciden en que el padre Leaden fue experimentando durante su vida una transformación, que minimizó sus manifestaciones físicas para dar paso a un estado casi espiritual. "No parecía humano, parecía un enviado", dicen. "No caminaba, se deslizaba. Era un hombre de raro magnetismo, que transmitía una paz sobrenatural."

*"Era 'amable' en el sentido sustantivo de esa palabra; no solamente digno de amor, sino fácil de amar."* (padre Kevin O'Neill).

Peró el superior palotino también podía exhibir -con exquisita dulzura- la firmeza de un roble: cuando se trataba de condenar la injusticia.

*"El padre Leaden era un santo",* es el resumen de una opinión unánime. Tal vez era el santo resistiéndose a abandonar sus raíces terrenas quien -solitario en la amplia iglesia- ejecutaba en el órgano antiguas baladas irlandesas.

*"Alfredo Leaden - 57 años - argentino de ascendencia irlandesa - sacerdote - vestía ropa de dormir - el occiso presenta contusiones y varios impactos de bala: uno en la zona buco-nasal."*

• Después de una vida dedicada a su ministerio sacerdotal, el padre Pedro Dufau había llegado al verdadero estado de la sabiduría: el reencuentro con los placeres sencillos. Por eso sus desayunos se extendían -interminables- con la compañía del periódico donde era de inevitable lectura el horóscopo de Libra.

Su humor, impasible y socarrón, revelaba su origen latino junto con su convivencia con irlandeses. "Veamos quienes dejaron de fumar", anunciaba aprestándose a recorrer los avisos de defunciones. Y encendía su enésimo cigarrillo.

Atendía a los adultos, amando a los chicos; se interesaba especialmente por su educación. Tenía la rara virtud de culminar cualquier compromiso que asumiera: *"lento pero indefectible"*.

El padre Dufau no aparecía tan brillante como Kelly, ni daba esa imagen tan espiritual de Leaden, pero la sensatez de su criterio se imponía, muchas veces, a la hora de las decisiones. Seguramente por eso, para ellos, era "el jefe".

*"Pedro Dufau - 67 años - argentino de ascendencia francesa - sacerdote - vestía pantalón sport y chomba - el occiso se encontraba mania-*

*tado; presenta contusiones y varios impactos de bala."*

• En algunos momentos de su vida Salvador Barbeito pudo dudar de su vocación sacerdotal. Jamás de que debía ser educador. Hablar de los niños, de los adolescentes y de la educación producían un cambio en su habitual formalidad: la pasión se delataba en sus ojos y el tono de su voz.

Había nacido en España, en Pontevedra, y a pesar de llegar al país de apenas tres años y de haberse ciudadanizado, el apelativo era inevitable: sería el "gallego" Barbeito.

Profesor de psicología y filosofía, sus condiciones para la docencia y los jóvenes le procuraron una responsabilidad temprana: apenas con 28 años fue nombrado rector del tradicional colegio San Marón.

Un sacerdocio próximo, nuevos estudios, sus grupos juveniles. La impaciencia de tantos proyectos por concretar.

*"Salvador Barbeito - 29 años - español nacionalizado argentino - profesor y seminarista - vestía ropa de calle - se le encontró sobre el cuerpo un cartel satírico - el occiso presenta varios impactos de bala: uno determinante en la zona cráneo-frontal."*

• Había nacido en San Antonio de Areco. Probablemente ese origen, alejado de las metrópolis, haya contribuido para resaltar dos características fundamentales de Emilio Barletti: su entrega sin especulaciones y su -casi compulsiva- generosidad.

Candidato natural en las elecciones del "mejor compañero". Despiadado antológico, la desesperación y la ternura del padre Kelly.

Su omnisciencia juvenil dividió al mundo entre opresores y oprimidos. Con o sin "marchita peronista", sabía con cuáles le correspondía estar.

Pareció conocer su fin, alertado por extraña premonición. Entre sus papeles se encontró una última carta para su madre, expresiva de amor y gratitud: era una carta de despedida.

*"Emilio Barletti - 23 años - argentino - seminarista - vestía ropa de calle - el occiso presenta varios impactos de bala; no hay signos de contusiones."*

## LOS PALOTINOS Y UN PROYECTO

Hace cien años llegaban los sacerdotes palotinos a América Latina, y Argentina, con una misión principal: acompañar a los inmigrantes irlandeses. Eso explica que los primeros palotinos fueran de ese origen y que se constituyera en el país una delegación dependiente de la "provincia" de Irlanda de los palotinos. En una época posterior se produciría una situación semejante con la inmigración de alemanes y el establecimiento de una delegación de la provincia palotina de Alemania, hoy ya denominada -por su importante desarrollo- "región argentina".

La delegación irlandesa cosechó éxitos notorios entre su propia comunidad étnica y entre los mismos argentinos, pero no fue afortunada en echar raíces independientes en el

país: padecía una endémica escasez de vocaciones sacerdotales.

Hacia 1973, habían transcurrido dieciocho años sin que un solo miembro argentino se hubiera unido a las filas palotinas. Cualquier necesidad debía ser cubierta por la Orden, desde Dublin, con el envío de nuevos religiosos irlandeses. En ese año se conjugaron afortunadas circunstancias para que esa situación pudiera revertirse. Alfredo Kelly -un sacerdote de singular prestigio entre los estudiantes- había sido nombrado párroco de San Patricio (Belgrano R), instalándose junto al padre Alfredo Leaden -superior de la delegación irlandesa- y el anterior párroco Pedro Dufau.

Como atraídos por un imán irresistible, diversos jóvenes fueron decidiendo su ingreso como aspirantes a palotinos. A dos seminaristas iniciales se agregaron otros cuatro. A principios de 1976, Roberto Killmeate, Jorge Kelly, Salvador Barbeito, Emilio Barletti, Rodolfo Capalozza y Miguel Robledo, en diferentes etapas de un sacerdocio próximo, integraban -con los tres sacerdotes- la comunidad de San Patricio; nueve argentinos. La utopía parecía cercana, tangible: la ordenación de jóvenes sacerdotes argentinos, los palotinos irlandeses afianzados definitivamente en el país.

Pero la experiencia comunitaria de San Patricio no se agotaba en la producción de nuevos sacerdotes.

En 1968, la Conferencia Episcopal de Medellín había provocado una verdadera revolución en la Iglesia latinoamericana. La reunión determinó expresamente que la acción del clero debía partir de la "opción por los pobres". El principio básico del movimiento de sacerdotes para el Tercer Mundo.

Impulsado por el entusiasmo juvenil de los seminaristas, la postura progresista del padre Kelly y el apoyo del superior Leaden, en la iglesia de San Patricio se respiraba el espíritu de Medellín. Un revulsivo dentro de la propia orden palotina. Un verdadero escándalo para el sector tradicionalista de la feligresía de Belgrano R. *"En aquel momento -de acuerdo con la perspectiva de algunos- si se hablaba de pobres se estaba realizando un análisis marxista y proponiendo la lucha de clases. Decir 'pobres' equivalía a ser tercermundista, que equivalía a comunista."* (padre Juan Mannion)

En distinto grado, los seminaristas admiraban al padre Carlos Mujica; algunos se adscribían al proyecto peronista de 1973. Coincidían en un punto: el verdadero trabajo pastoral se encontraba fuera de los límites de la zona burguesa de la parroquia.

Las manifestaciones externas de tal filosofía eran claras. Los seminaristas habían decidido que -además de estudiar- debían trabajar; todos lo hacían: como profesores, empleados administrativos y hasta como cadetes. En el aspecto de la extensión religiosa se dedicaban especialmente a los jóvenes que -atraídos por el clima anticonvencional de San Patricio- se acercaban en cantidad inusitada desde todos los barrios de Buenos Aires. Algunos seminaristas (como Barletti) ayudaban

en villas de emergencia.

La encendida oratoria del padre Kelly, en tanto, se tornaba más incisiva cada domingo exigiendo el final de la violencia y las desapariciones, y reiterando: *"Ni las limosnas a la iglesia, ni la beneficencia snob disculpan la injusticia social"*.

El padre Kelly no predicaba generalidades en una zona obrera; sabía que sus palabras llegaban a destino: sus escuchas se llamaban Alsogaray, Gómez Morales, Salvatori, Moyano Llerena, Frigerio, Alemann. Altos jefes militares asistían al culto en San Patricio y hasta miembros de la Corte Suprema.

En las reuniones de las "señoras gordas", las posturas de los seminaristas y los planteos "subversivos" del padre Kelly eran lugar común de las conversaciones. El sector maniqueo de la feligresía de San Patricio coincidía con el vicecomodoro Varsena -cuya vivienda colinda con la casa parroquial- que un día declararía en Tribunales: *"En aquellos tiempos se veía en la iglesia gente joven que no era del barrio, y había un cura que era comunista"*.

En 1976, se buscaron adhesiones para una nota, dirigida al cardenal Aramburu, pidiendo la remoción del padre Kelly. Los propulsores de esa iniciativa, que podrían estar vinculados -directa o indirectamente- al sangriento desenlace, nunca fueron identificados. Una monja de la orden de San Pedro Claver, Theresita Varela, muy conocida en el barrio y que suele participar en el programa radial del procesista Carlos Burone, comentó hace poco tiempo al superior actual de los palotinos, Cornelio Ryan, que conocía a algunas personas invitadas -en aquel entonces- a firmar la famosa nota. Sin embargo, escudándose en supuestas instrucciones de su orden, la religiosa no quiso concurrir a Tribunales para proporcionar la información al juez de la causa.

Con toda certeza, ya antes del hecho sedicioso del 24 de marzo de 1976, la comunidad palotina de San Patricio había sido juzgada y condenada por "los poderosos" de Belgrano R. La sentencia se dictó en otro lugar.

## SANGRE POR SANGRE

*"BUENOS AIRES. Una poderosa bomba explotó hoy, a las 13.20, en el comedor del edificio de la Superintendencia de Seguridad de la Policía Federal (Moreno 1417). El primer comunicado oficial informa de 18 muertos y 66 heridos, 11 de gravedad."* Viernes 2 de julio de 1976.

Si el terrorismo de izquierda apuntó a producir un golpe espectacular, el sangriento objetivo había sido logrado. De la misma magnitud sería la respuesta. A partir de ese atentado, una verdadera "semana negra" comenzó en el país.

Pasados los primeros momentos de estupor, un sentimiento se impuso dentro de las filas militares y policiales: la revancha. Los altos mandos -que compartían el resentimiento- apenas podían imponerse al impulso enceguedido. Las correas estaban tensas conteniendo a chaca-



les ávidos de sangre. Y algunos se soltaron.

En las primeras horas del sábado 3 de julio, los cadáveres de ocho jóvenes—cinco hombres y tres mujeres— fueron descubiertos en una playa de estacionamiento del barrio de San Telmo (Chacabuco 629). Los cuerpos se encontraban atados, con marcas de golpes y numerosos impactos de bala.

Simultáneamente, se informaba de otro hallazgo macabro: siete cadáveres, también de jóvenes. En este caso, en un descampado de Villa Lugano. Se había tratado de un verdadero fusilamiento.

Durante ese mismo sábado, las reuniones de jefes militares y policiales se sucedieron sin interrupción. El ministro del Interior, general Albano Harguindeguy se concentró todo el día con el jefe de la Policía Federal, general Arturo Corbetta y el subjefe comisario Francisco Laguarda. Al mismo tiempo, en el Salón Colonial del Departamento Central, deliberaban comisarios, generales y mayores.

Alrededor de las 21 horas, el general Corbetta—conocido por su respeto a la legalidad, que había expresado: "la lucha antisubversiva debe estar centralizada y controlada"—se retiró de la jefatura; la reunión prosiguió entre el titular de Interior y el subjefe policial. Corbetta renunciaría inmediatamente. La interpretación era clara: en el gobierno se había impuesto la línea dura que propulsaba la Armada.

Esa misma noche, un hecho estremecedor revelaría el grado de permisividad. A las 5.30—ya domingos—varios individuos colocaron a un joven (casi adolescente) contra una de las paredes del Obelisco. Allí, a la vista de los transeúntes, maniatado y amordazado, lo fusilaron. Piedra libre para la represión salvaje.

La comunidad de San Patricio vivía ajena a estos acontecimientos. En esos días el grupo se había reducido a seis miembros. Un seminarista, Roberto Killmeate, se encontraba en Medellín (Colombia) realizando un curso. Otros dos, Jorge Kelly y Miguel Robledo, estaban participando de un retiro espiritual en otro lugar de Buenos Aires.

Ese sábado por la noche, los tres seminaristas restantes decidieron ir al cine. Veredicto, con Sofía Loren y Jean Gabin. A la salida, Rodolfo Capalozza resolvió pernoctar en casa de sus padres en Barracas: siempre compartía con ellos el almuerzo del

domingo. Salvador Barbeito y Emilio Barletti regresaron a la casa parroquial. Serían los únicos que acompañarían esa noche a los padres Kelly, Leadon y Dufau.

## A REVENTAR ZURDOS

Eran las dos de la mañana, ya entrado el domingo, cuando Guillermo Silva y Luis Pinasco, dos adolescentes vecinos de la iglesia de San Patricio, regresaron de su salida de sábado a la noche. Tal vez considerando que aún era temprano para el sueño, se detuvieron en la casa de un amigo situada en la esquina de Sucre y Estomba, apenas a media cuadra de la casa parroquial. Estaban entretenidos dentro de la casa, acompañados por el policía que realizaba la custodia del general Martínez Waldner—gobernador de Neuquén, que vivía en la esquina enfrentada— cuando se escucharon bocinazos. Era un coche patrullero: querían alertar a la custodia. Los jóvenes, que habían salido a la calle junto al policía, pudieron escuchar con claridad las instrucciones: "Si escuchás cohetazos no salgás, que van a reventar una casa de zurdos".

Apenas retirado el patrullero, se acercaron dos chicos amigos, también vecinos: Julio, el hijo del gobernador neuquino, y Federico Argüello. Ellos completaron la información. Habían observado un Peugeot negro sospechoso estacionado desde hacía mucho tiempo casi frente a la casa parroquial y decidieron avisar a la Policía. En la comisaría 37 no les prestaron atención hasta que Julio se dio a conocer como hijo del alto militar. Regresaron a tiempo para observar la llegada de un patrullero, que identificó a los ocupantes del Peugeot y conversó con ellos. Era el mismo patrullero que había prevenido al custodio. Los ocupantes del Peugeot habían obtenido "zona liberada".

El ingeniero Alberto Zubizarreta, un ferviente interesado en el esclarecimiento del crimen de los palotinos, declara: "Por una circunstancia especial conozco a un oficial principal de la Policía; una persona que admiro mucho. Este hombre me contó (dos veces) que por un error de coordinación operativa la comisaría no sabía que había que dejar zona libre. Cuando Julio Martínez Waldner los denunció, llegó el patrullero y se paró junto a ellos. Desde el Peugeot ordenaron: 'Estamos en un ope-

rativo, ¡fuera!' Pero se reconocieron mutuamente. A los pocos días amenazaron de muerte a los que habían ocupado el patrullero. Entonces, el comisario de la 37ª confeccionó una lista de los que estaban en el Peugeot y la distribuyó a seis o siete personas, y declaró: 'Si tocan un pelo a los del patrullero, la lista será dada a publicidad'. Quiere decir que el comisario de aquel momento está en conocimiento de los nombres. Y esta información es cierta, porque este principal trabajó en la Comisaría 37ª".

Ya descubierto el asesinato, mientras en otras dependencias de San Patricio se encontraban el nuncio Pío Laghi y el cardenal Aramburu, el sacerdote Efraín Sueldo Luque escribía la declaración de Guillermo Silva y Luis Pinasco respecto al Peugeot negro y al patrullero. Los dos jóvenes restantes, Julio Martínez Waldner y Federico Argüello prefirieron olvidar. El testimonio se confeccionó en tres copias: una para el Vaticano, otra para el Ministerio del Interior, la tercera para la Policía. De las dos últimas se retiró—por precaución—el borde inferior donde figuraban los nombres y las firmas de los muchachos.

## LAS CARAS DE LA PRENSA Y LA CIA

El asesinato de los cinco religiosos palotinos fue descubierto, aquel domingo 4 de julio de 1976, cerca de las 8.30 de la mañana. Para las 11, no había púlpito en Buenos Aires donde no se clamara por el crimen. Mediante un improvisado sistema de postas, iglesia por iglesia había sido informada. El sentimiento de horror se transmitió—instantáneamente—desde el clero hasta los fieles.

El tenor de la declaración oficial podía anticiparse. En un comunicado del Comando de la Zona 1, firmado por el (hoy prófugo) general Suárez Mason, se acusó: "elementos subversivos asesinaron cobardemente a los sacerdotes". Nadie medianamente informado creería tal aseveración; menos aún la propia Iglesia.

La prensa se dividió en tres sectores. Cautamente, Clarín y La Nación omitieron cualquier comentario o editorial. Los turiferarios del régimen militar se encolumnararon tras la declaración de Suárez Mason. La Prensa editorializó el 8 de julio exigiendo endurecer la represión: "La violencia

asume así formas hasta ahora desconocidas, al haber elegido esta vez a sus víctimas, no ya como era habitual entre los integrantes de la policía y las Fuerzas Armadas, sino entre quienes voluntariamente habían escogido una de las vocaciones más humildes y sacrificadas en una comunidad, cual es la del sacerdocio". La revista Gente mintió con absoluto descaro: "Las leyendas (de las paredes) estaban firmadas por un grupo extremista". Pero el premio lo llevó el entonces procesista diario La Razón en su edición del mismo día domingo, aportando la supuesta declaración de una monja llorosa: "¿Qué quieren ahora, traernos la bandera roja?"

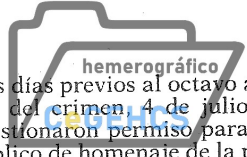
El Buenos Aires Herald y La Opinión constituyeron el tercer grupo. El Herald publicó un editorial el 7 de julio donde insinuó claramente que los asesinatos de esos días, incluyendo el de los palotinos, respondían a represalias por la bomba en la policía. La Opinión se atrevió, al día siguiente, a reproducir el editorial completo. El valiente semanario de la comunidad irlandesa The Southern Cross, dirigido por el padre Francisco Richards, señalaba el 9 de julio: "Los argentinos están siendo raptados, torturados y asesinados sin que muchas veces podamos saber quién maneja y quién arma la mano de los delincuentes. La ciudadanía de todo el país está perfectamente consciente de que ante sus ojos azorados se está desarrollando una guerra clandestina e ilegal".

En el exterior no hubo dudas. The Irish Press de Dublín informó en primera página a tres columnas: "Un comando derechista asesinó a tres sacerdotes y dos seminaristas en la casa parroquial de la iglesia de San Patricio, en Buenos Aires, en un suburbio llamado Belgrano". La cadena televisiva norteamericana CBS envió un equipo de filmación a los funerales; la nota fue transmitida mientras una voz en off aseguraba que los uniformes habían estado detrás del crimen.

A pesar de todas las evidencias, el más cauto para reclamar al gobierno fue el Episcopado. Y eso que poseía datos exclusivos. El padre Kevin O'Neill, que fuera nombrado superior de los palotinos posteriormente al crimen, recuerda así una reveladora conversación mantenida con el nuncio apostólico Pío Laghi: "La tarde posterior de haber sepultado a los padres—el martes 6 los sepultamos— fuimos otra vez a hablar con el nuncio Pío Laghi. El nos comentó que al volver de la iglesia de San Patricio el 4 de julio, había hecho averiguaciones en una embajada extranjera. Le preguntamos si era la embajada de los Estados Unidos. El no contestó ni sí ni no. Dijo que allí le informaron que eran fuerzas paramilitares las que lo habían hecho. La única que podía tener esa información, por supuesto, era la CIA. Ellos le habrán pasado el dato".

## LOS AÑOS DEL OLVIDO

"Por favor, no olvide escribir que con nosotros los funcionarios del Proceso se portaron muy bien. Tam-



bién los señores obispos." Cornelio Ryan —actual Superior de los palotinos y párroco de San Patricio— reitera por cuarta o quinta vez la indicación. El periodista lo observa, tratando de descubrir si es muy ingenuo o lo simula; probablemente esto último. La legendaria habilidad diplomática de los religiosos. "Perdón, padre, ¿no importa que esos militares sean responsables de las muertes de miembros de su congregación, de miles de torturados y desaparecidos?" La respuesta soslayada, se intuye: lo importante es conservar la mejor relación con los poderosos, o con quienes pueden volver a serlo. Para más, una gran parte de sus fieles —los que más colaboran económicamente— integran ese sector que sigue celebrando la victoria en la "guerra sucia".

Después de la sorpresa, la ansiosa preocupación del sacerdote para obtener la publicación de esas declaraciones provoca una divertida simpatía (un cura extranjero desconcertado ante la perspectiva de que un tema tan delicado para la interna eclesiástica resurja públicamente). "Escriba, sí, escriba que el coronel David Ruiz Palacios es un hombre de una sola pieza." Ruiz Palacios fue subsecretario del Interior y atendía a Ryan cuando solicitaba la investigación del crimen.

Varias fueron las visitas al ministerio del Interior durante los años 1977 y 1978. El Superior palotino las cita como testimonio frente a quienes le imputan haber desatendido el caso. "El coronel Ruiz Palacios me informó que la SIDE no tenía acusación alguna contra nuestros religiosos asesinados." De acuerdo con datos conocidos posteriormente, Cornelio Ryan visitaba al lobo preguntando quién había despanzurrado a las ovejas.

En tanto realizaban estas únicas y formales gestiones ante el gobierno, los palotinos enfrentaban otro problema: la situación del seminarista Roberto Killmeate, uno de los cuatro sobrevivientes de la malograda comunidad de San Patricio, el único que había decidido permanecer dentro de la delegación irlandesa de la Orden.

Se lo consideraba demasiado comprometido con posiciones teológicas avanzadas. Un factor irritativo para los militares, la excusa para un segundo atentado. Pero —especialmente— una figura antipática para los obispos porteños.

El intento de sugerirle que abandonara la Orden se frustró ante el embarazoso planteo del joven: "Indiquen por cuál de mis acciones se me condena".

Al final, se resolvió enviarlo a Europa, a Roma y a Dublín, hasta que el tiempo —elemento de permanente utilización eclesiástica— modificara las condiciones.

La ordenación de Killmeate como sacerdote, que debía realizarse en 1976, fue demorada. Se comenta que el obispo de Mercedes, Luis Tomé, y el de Belgrano, Guillermo Leaden —hermano del asesinado padre Alfredo Leaden— fueron alertados por un alto militar acerca de que esa ordenación produciría represalias contra los palotinos.

Recién el 21 de mayo de 1978, en Mercedes, por indicación expresa del cardenal Pironio desde Roma, Roberto Killmeate fue ordenado sacerdote.

Como indicando que no tenían motivos para avergonzarse de la experiencia realizada por el grupo del padre Kelly, los palotinos destinaron a Killmeate a la propia iglesia de San Patricio. Eso sí, para atender exclusivamente a los niños y con prohibición de pronunciar sermones.

El sacerdote se convirtió en el popular "padre Roberto" para los pequeños y en eficaz propulsor de una cooperativa (CAVE) para la autoconstrucción de viviendas. Era predecible, sin embargo, que su relación con algunos feligreses bordearía el conflicto.

Cuando en 1982 quedó vacante la paupérrima misión palotina de Los Juríes (Santiago del Estero), Roberto Killmeate se ofreció como voluntario. Fue un alivio para muchos en Belgrano R (y también dentro de su Orden).

En tanto, la estricta formalidad era el único manto para la trágica muerte de los cinco religiosos. Apenas la recordación en las iglesias palotinas, el día aniversario, y las notas del perseverante padre Kevin O'Neill, preciso historiador, en *The Southern Cross* y en *Encuentros*, la revista de la Orden.

En su edición del 9 de septiembre de 1979, la revista española *Cambio 16* se ocupaba de aquel insólito decreto de la Junta Militar que declaró muertos a los desaparecidos, expresando: "Algo huele a podrido en Argentina". Una parte importante del artículo estaba dedicada a recordar "la masacre en la iglesia de San Patricio, en un barrio residencial de Buenos Aires, en la madrugada del domingo 4 de julio de 1976". En Argentina, el olvido premeditado.

Recién el 4 de junio de 1981, la Conferencia Episcopal Argentina, en una nota firmada por el cardenal Primatesta, se dirigió —por primera vez— a los palotinos para "llevar a esa familia religiosa la expresión de nuestro dolor por la injusta violencia cometida". Cinco años habían sido necesarios, y los signos manifiestos de la decadencia de la dictadura, para que entre los obispos se lograra el consenso interno —dos tercios del cuerpo— para este pronunciamiento. Una especie de redención para la sufrida Orden.

Durante el último año del régimen militar, se conocieron las declaraciones del ex oficial de la Policía Federal Rodolfo Peregrino Fernández ante la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, en Ginebra. Las informaciones del ex policía —en su momento ayudante directo del general Harguindeguy— representaron las primeras novedades en mucho tiempo y, por supuesto, confirmaron la participación del régimen militar en el suceso: "Agrega el declarante que entre la actividad ejercida por el Ministerio del Interior estaba la vigilancia sobre aquellos sacerdotes denominados 'tercermundistas' existiendo un archivo de trescientos nombres con informaciones detalladas sobre la actividad de cada uno de ellos. En referencia al caso de los padres palotinos,

el declarante posee en su poder una agenda telefónica de uno de los sacerdotes, que guardó como prueba de que dicha documentación se encontraba en dependencias del Ministerio del Interior en la época de referencia". Peregrino Fernández agregó, además, que estos datos los comunicó oportunamente, en Buenos Aires, a monseñor Moledo —asesor de la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa— quien le habría dicho: "Estas cosas ya han pasado. Trate de olvidarlas para lograr su propia tranquilidad espiritual".

## LA SOMBRA DE LOS MUERTOS

Con los cambios de la democracia, el juez federal Blondi recibió el caso del asesinato de los palotinos del ex juez Rivarola; en el juzgado se percibió su interés por reactivarlo. No obstante, los años pasados y la reticencia de los testigos conspiraron contra esa intención.

Hasta los mismos palotinos habrían eludido presentar —en la investigación judicial— el diario personal del padre Alfredo Kelly, que fuera llevado a Irlanda luego del crimen, presumiblemente intentando resguardar información reservada de la Orden.

El testimonio a la CONADEP de Graciela Daleo y Andrés Castillo, sobrevivientes de la ESMA, aportó datos más precisos sobre la autoría del asesinato múltiple. "A mediados de 1976 fueron asesinados tres sacerdotes y dos seminaristas de la Orden de los palotinos, que vivían en una parroquia de Buenos Aires. El teniente de navío Pernía participó en esta operación, según sus propios dichos jactanciosos."

Cuando el teniente Antonio Pernía (alias Trueno, Duque, Martín) fue citado a un careo con Graciela Daleo por el juez Blondi, una verdadera patota munida de aparatos walkie-talkies lo acompañó hasta las mismas puertas del despacho del juez. Allí declaró, simplemente: "A esta señora no la conozco".

Además de un nuevo juez y nuevos testimonios, la democracia permitió que emergiera el descontento latente entre parte de los fieles de San Patricio. Los muchos que habían estimado a los religiosos asesinados, reprocharon la veronzosa "diplomacia" con los militares, y reclamaron un homenaje público y un nuevo impulso a la investigación del crimen.

El ingeniero Alberto Zubizarreta y el doctor Eduardo del Cerro se convirtieron en los propulsores más visibles de ese movimiento. En la revista *Encuentro* de mayo-julio de 1984 denunció del Cerro: "El asesinato tuvo sus ideólogos, instigadores y ejecutores. Muchos de ellos son conocidos por todos: han ocupado los cargos más altos de gobierno hasta el 10 de diciembre de 1983. Pero el asesinato también ha tenido sus cómplices. Y esto nos toca muy de cerca. Porque no podemos negar que dentro de la propia Iglesia se llamó al silencio y al olvido. Se ha confundido, trágicamente; miedo con discreción, y cobardía con prudencia".

En los días previos al octavo aniversario del crimen, 4 de julio de 1984, gestionaron permiso para un acto público de homenaje de la propia iglesia de San Patricio. La autorización fue negada, si bien las razones aparecen confusas. El párroco Ryan explica que era inaceptable un acto con notorias intenciones políticas. Según los organizadores, se les habría mencionado: "Monseñor Leaden no considera oportuno el acto". Esta postura sería coherente con la mantenida por el obispo Guillermo Leaden, conservador, auxiliar de la diócesis de Buenos Aires y vicario de Belgrano, en relación con el asesinato de los religiosos palotinos.

Ante la negativa de la Iglesia, la iniciativa fue retomada por "Humanismo y Liberación", sector interno de la democracia cristiana, y el acto se organizó en otro lugar. A ocho años del sangriento suceso, los apacibles residentes del barrio se encontraron con grandes pintadas reactualizando el tema y convocando a la reunión.

El 7 de julio de 1984, Eduardo del Cerro, Graciela Fernández Meijide, Néstor Vicente y Adolfo Pérez Esquivel recordaron a los religiosos sacrificados, inaugurando una nueva era: la del mercedito tributo público. Por la Iglesia, sólo asistieron —y expusieron— los palotinos Kevin O'Neill y Rodolfo Capalozza.

Como si faltaran elementos para tornar sumamente complejo el caso de los palotinos, se sumó un hecho realmente singular. Según una importante fuente religiosa, dos personas encumbradas de Belgrano, pertenecientes a la feligresía de San Patricio, estarían tramitando ante la Santa Sede el levantamiento de sus respectivas excomuniones, motivadas por haber propulsado —en 1976— el asesinato de los religiosos. El código de Derecho Canónico vigente en ese tiempo (canon 2343-4) decía: "El que pusiere las manos en la persona de clérigos o religiosos de un u otro sexo, cae ipso facto en excomunión (subiacet ipso facto excommunication)".

De ser exacta esa información, se estaría frente a una fenomenal paradoja: mientras en la Argentina los palotinos intentan impulsar la investigación para determinar los culpables, una oficina del Vaticano (que opera bajo absoluta reserva) conoce sus nombres perfectamente.

Como en varios otros asuntos durante los últimos años, el episcopado se equivocó en el tratamiento del tema de los religiosos palotinos. Sería una tarea fantástica —e inútil— intentar callar el crimen más horrendo de la historia de la Iglesia en la Argentina.

En una carta del 15 de enero de 1984, Raúl Berretta Lynch —sobrino del asesinado padre Alfredo Kelly— señala a Adolfo Pérez Esquivel: "Aquellos que entraron esa noche a la parroquia de San Patricio, no cumplieron con lo que les habían ordenado: ellos están vivos para siempre jamás". Es cierto: sus cuerpos ya han invadido la plástica, la literatura y la leyenda.

HECTOR RUIZ NUÑEZ  
Investigación: MARCELO PAGLIARO y JULIO VILLALONGA